



RELACION
DE LA PENITENTE VIDA Y PRODIGIOSA MUERTE
QUE TUVO LA GLORIOSA
SANTA ROSALIA
DE PALERMO,
ESPECIAL ABOGADA CONTRA LA PESTE.

PRIMERA PARTE.

En la ciudad de Palermo,
 corte insigné y celebrada,
 en el reino de Sicilia,
 provincia hermosa de Italia,
 nació Santa Rosalía
 de tan antigua prosapia,
 y de sangre tan ilustre,
 que en la cristiandad no hay casa

de emperadores ni reyes,
 con quien no esté emparentada,
 siendo esmalte en su nobleza
 los méritos que la ensalzan.
 Hija fue de Sinibaldo,
 de la real casa de Francia,
 conde en Sicilia de Rosas,
 y general de las armas,

y sobrina de Rugero,
 de quien el reino heredaba.
 Antes que esta rosa bella
 diera al mundo su fragancia,
 se vieron claras señales
 que la deidad soberana
 la tenia ya escogida
 para esposa, y destinada
 para ser del mundo asombro,
 aviso de las profanas,
 y ejemplar de penitentes.
 Para que en todo imitara
 al divino Precursor.
 quiso que fuese anunciada:
 y así dispuso que un ángel
 á su madre visitara,
 y la noticiase el día
 del feliz parto que aguarda;
 y que á la dichosa niña,
 cuando reciba la gracia
 en el primer Sacramento
 de nuestra Iglesia Romana,
 que la llamen Rosalía,
 que así el mismo Dios lo manda;
 porque quiere que las rosas,
 que son timbre de su casa,
 al nacer la den el nombre,
 y al morir la coronaran.
 Nació esta hermosa princesa,
 y aunque fue tan deseada,
 no nació para reinar,
 que como prenda tan alta,
 desde sus primeros años
 la tuvo Dios tan guardada,
 que hasta su dichosa muerte
 vivió siempre resguardada.
 Criábase aquesta niña,
 y á las primeras palabras
 que pronunció en su niñez,
 fue decir con voz muy clara:
 Jesus, María, y José;
 y desde su tierna infancia
 fue inclinada á las virtudes,
 y diestra en exercitarlas;
 que aunque tenían sus padres
 maestras que la enseñaran,
 escedió su entendimiento

las reglas de la enseñanza.
 Era discreta y hermosa,
 muy honesta y recatada,
 y aunque princesa, era humilde,
 en la condicion muy llana,
 muy piadosa con los pobres,
 y en dar limosna muy franca.
 Mas como siempre á los niños
 todo lo vistoso agrada,
 con el traje de princesa
 se fue inclinando á las galas,
 como niña, y no por eso
 hizo su virtud mudanza.
 Siendo ya de doce años,
 trató el padre de casarla
 con el conde Valduino,
 sobrino del Rey de Francia,
 y deudo de Rosalía,
 para que los dos reinaran.
 Mas como Dios la tenia
 para corona mas alta
 escogida por esposa,
 vino amante á visitarla.
 Estando en su cuarto un día,
 ricamente aderezada,
 le dió una dama el espejo
 para que en él se mirara;
 y al mirar en él su rostro,
 vió la imágen soberana
 de Cristo crucificado,
 vertiendo sangre sus llagas,
 y que con voz muy sentida
 le decía estas palabras:
 mira cual estoy por tí:
 Rosalía, mal me pagas
 si á la vanidad te entregas;
 deja esas profanas galas,
 y si quieres hermosura,
 y á tu rostro color, saca
 de esta roja sangre mia
 que por tu amor se derrama:
 haz de mis espinas joyas,
 y estarás mas adornada,
 que las que en el pelo tienes
 son lazos para las almas
 con que el demonio aprisiona
 á cuantos de mí se apartan,

buscando su perdicion
 en la libiandad profana.
 Si deseas ser mi esposa,
 y quieres lograr la palma
 de mis amadas esposas,
 vete al Salvador mañana,
 y alli harás solemne voto,
 que gusto de que lo hagas.
 Recibe sacramentado
 mi Cuerpo, porque tu alma
 se limpie de tus descuidos,
 y se adorne con mi gracia.
 Entonces serás mi esposa,
 dándome mano y palabra
 de ser como esposa mia,
 humilde, obediente y casta.
 De este prodigio la niña
 quedó absorta y desmayada,
 y la criada confusa;
 porque tambien la criada
 conoció que á su señora
 en el espejo la hablaban.
 Recobróse Rosalía,
 y de rodillas postrada,
 bañando en llanto sus ojos,
 ha dicho con tiernas ansias:
 soberano Dueño mio
 perdona mis ignorancias,
 confieso que inadvertida
 te he correspondido ingrata,
 ya lo conozco, y me pesa:
 mas os doy firme palabra
 de dar por tu amor la vida,
 y vivir crucificada
 como vos lo estais por mí,
 que amor con amor se paga.
 Ya renuncio el ser princesa,
 por ser vuestra humilde esclava,
 que no quiero mas corona
 que vivir en vuestra gracia.
 Se fue Cristo del espejo,
 y al verse en él retratada,
 hizo el espejo pedazos,
 para que no se mirara
 la humana fragilidad,
 donde vió la deidad sacra.
 Despojóse de sus joyas,

pisándolas con sus plantas,
 y tomando unas tijeras,
 con resolucion bizarra,
 se cortó el hermoso pelo,
 y con desprecio lo trata;
 y desnudándose, dijo:
 afuera, profanas galas,
 loca vanidad, afuera,
 que ya estoy desengañada,
 que los adornos del cuerpo
 son borrones para el alma.
 Se vistió de humilde traje,
 y en su aposento encerrada
 pasó aquel dia y la noche,
 y asi como rompió el alba
 se fue al Salvador á misa
 sin ser de nadie notada.
 Llamando á su confesor
 le cuenta lo que le pasa;
 y prudente le aconseja,
 que no se resista en nada,
 que obedezca en todo pronta,
 supuesto que Dios la llama.
 Confesó generalmente
 en tierno llanto anegada,
 juzgando por leves culpas
 las que fueron leves faltas.
 Recibió sacramentado
 á Cristo, y para dar gracias
 se entró sola á una capilla
 de la Virgen soberana,
 que tenia un Niño en brazos,
 y de rodillas postrada
 celebró el solemne voto
 con discretas circunstancias.
 Volvió el Niño el rostro alegre,
 y afable la mano alarga,
 dándosela á Rosalía,
 y un precioso anillo en arras,
 en señal de matrimonio;
 y la que es Madre de gracia
 fue la madrina, y testigos
 los ángeles de su guarda.
 Estando ya Rosalía
 con su amante desposada,
 comenzó á mortificarse
 por cumplirle la palabra,

con penitencias y ayunos,
 viviendo mortificada
 con tan ásperos cilicios,
 que piadosas las criadas
 les dieron cuenta á sus padres
 del rigor con que se trata.
 El padre de Rosalía,
 que tiernamente la amaba,
 y esperaba ver por ella
 la sucesion de su casa,
 juzgando que el nuevo estado
 hiciera en ella mudanza,
 abreviando el casamiento;
 fue á su cuarto á visitarla,
 y con discretas razones
 y cariñosas palabras
 dió á entender á Rosalía
 como estaba ya casada,
 y que aquella misma noche
 habian de desposarla.
 Aunque ella calló prudente,
 estaba determinada
 á no casarse, aunque viera
 el cuchillo á la garganta.
 Apenas se fue su padre,
 cuando vió entrar por la sala
 dos bellísimos mancebos,
 ángeles en forma humana,
 diciéndole: Rosalía,
 sabrás que tu esposo manda
 te saquemos de palacio,
 que quiere que en la montaña
 de Quisquina, en una cueva
 hagas vida solitaria.
 Alegre oyó Rosalía
 lo propio que deseaba,
 y recelando prudente
 el peligro en la tardanza,
 dispuso luego el viaje,
 recojiendo sus alhajas,
 cilicios y disciplinas,
 libros y algunas estampas,
 y un divino Crucifijo,
 en quien ella contemplaba,
 el que vido en el espejo,
 que siempre tuvo en el alma.
 Y haciendo un lio de todo,

de los ángeles guiada,
 se salió de su palacio
 sin que nadie lo estorbara;
 y yendo por el camino,
 aunque niña y delicada,
 caminaba como un viento
 con el fardillo á la espalda.
 Anduvieron trece leguas,
 y llegando á la montaña
 la subieron á la cumbre
 adonde la cueva estaba,
 diciéndole: Rosalía,
 ésta ha de ser tu morada,
 quédate en paz, y no temas,
 que tu esposo te acompaña;
 y aunque invisibles, nosotros
 hemos de esrar en tu guarda.
 Asi que se vido sola,
 entró á registrar su casa,
 y á disponer su oratorio,
 y vestirse de ermitaña.
 Se puso un toscó sayal,
 y en lugar de blanca olanda,
 vistió un hábito de cerdas
 para estar mortificada:
 su cama era el duro suelo,
 y una piedra su almohada;
 su alimento era la yerba,
 y era su bebida el agua
 que la gruta gota á gota
 liberal le destilaba
 cuando por Dios le pedia,
 y haciendo copas las palmas
 de las manos, de esta suerte
 la penosa sed saciaba,
 aunque por mortificarse
 la bebia siempre escasa.
 La oracion fue su ejercicio,
 y las disciplinas tantas,
 que jamás se vió en el mundo
 rosa mas disciplinada.
 Aquí estaba Rosalía
 tan contenta y bien hallada,
 como si alli hubiera sido
 su nacimiento y crianza;
 pero el demonio envidioso
 del valor de una muchacha,

dió principio á hacerle guerra,
 procurando derribarla.
 Le traía al pensamiento
 memorias que la inquietaran,
 acordándola sus padres,
 y acusándola de ingrata.
 Le acordaba su palacio,
 sus amigas y criadas,
 sus joyas y sus vestidos,
 y el regalo de su casa,
 la grandeza en que se vido,

y el estado en que se halla:
 y viendo que Rosalía
 no hacia caso de nada,
 andaba muy desvelado,
 inventando nuevas trazas.
 En donde la dejaremos
 á esta Princesa ermitaña;
 y en otra segunda parte
 dirá Adarbe lo que falta,
 hasta la dichosa muerte
 de esta prodigiosa Santa.

SEGUNDA PARTE.

Dejemos á Rosalía
 penitente y ermitaña
 en el monte de Quisquina,
 con dos ángeles de guarda,
 del mismo Dios asistida,
 quien por mas acrisolarla,
 permitió darle licencia
 al demonio, que con trazas
 le tentase en el desierto,
 porque viese su constancia;
 con cuyo permiso al punto
 afiló el dragon sus garras:
 imaginando hacer presa
 de esta Princesa santa.
 Le acometió al pensamiento,
 con mil tentaciones varias,
 por echarla de la cueva,
 y que perdiera la gracia;
 pero á todo Rosalía
 tuvo las puertas cerradas.
 Y viendo que se resiste
 á las primeras instancias,
 con visible cuerpo quiso
 presentarle la batalla.
 Viéndola pues cierto día
 de todo alimento falta,
 buscando algunas raíces
 que le sirvan de vianda;
 en forma de un caballero
 que era criado de casa,
 de quien fiaba su padre

los negocios de importancia,
 con grande acompañamiento
 dió á entender que la buscaba,
 asustándola primero
 con ruido de gente y armas.
 Quiso volverse á la cueva,
 pero los pasos le ataja,
 y encontrándose con ella,
 le dice aquestas palabras:
 gracias á mi diligencia,
 que bien puedo darle gracias,
 pues por ella he conseguido
 todo cuanto deseaba,
 como hallar tan alta prenda,
 que tomé á empeño buscarla,
 despues de haber penetrado
 Italia, Francia y España,
 buscando tu real persona.
 ¿Pero quién imaginara
 que estuviera una princesa
 en una cueva encerrada?
 ¿Posible es, que una señora
 discreta, hermosa y bizarra,
 siendo princesa en Sicilia,
 que será Reina mañana,
 asi se deje á sus padres,
 y el regalo de su casa,
 por vivir entre las fieras
 en esta áspera montaña,
 con tan conocido riesgo
 como á su alteza amenaza,



sola en aqueste desierto,
niña, y con tan linda cara?
¿Por qué quieres imitar
á María la Egipciaca,
si ella fue tan pecadora,
y tú inocente te hallas?
¿Si tú á Dios no has ofendido,
por qué con rigor te tratas?
Vamos, señora, á palacio,
que tu padre nos aguarda,
tan penado por tu ausencia,
que solo espirar le falta;
y si por tu causa muere,
te acreditas de tirana,
y el ser cruel con los padres,
no es justo, ni Dios lo manda.
¿Qué me respondes, señora?
resuélvete ya, ¿qué aguardas?
porque sino te resuelves,
aunque al decoro faltara,
te habré de llevar por fuerza,
ó dejarte aquí con guardas,
hasta dar cuenta á tu padre,
que es quien buscarte me manda.
Oyendo aquestas razones,
quedó confusa y turbada,
sin saber que responderle,
ni poder hablar palabra.
Alzó los ojos al cielo,
y á su Esposo amado llama,
pidiéndole que le libre
del peligro en que se halla.
Acudió crucificado,
lleno de luces muy claras,
y le dice: esposa mia,
no temas, que esta fue traza
del demonio, que pretende
amancillar tu constancia;
pero yo siempre te amparo.
Ella respondió humillada:
soberano Dueño mio,
si tu Magestad me ampara,
venga contra mí el infierno,
que con ser mis fuerzas flacas,
antes perderé la vida,
que falte yo á mi constancia.
Le estimó Dios la fineza

con amorosas palabras,
y desenclavando un brazo,
estrechamente la abraza,
arrimándola al costado,
dejándola confortada
para mayores empresas
como adelante le aguardan.
El demonio muy corrido,
procuró tomar venganza
en su delicado cuerpo
ya que no puede en el alma;
tomando forma visible,
le dice con voz airada:
loca, hipócrita, embustera,
atrevida, temeraria,
¿qué haces en esta cueva,
donde vives engañada?
¿piensas engañar al mundo
porque te tengan por santa?
De todos estos engaños
tendrás muy presto la paga,
porque tu padre ya viene
á llevarte maniatada,
y á encerrarte como loca,
que este es el premio que aguarda
quien da crédito á ilusiones
y fantasías soñadas.
Ya perdiste el ser princesa,
y de tu padre la gracia;
pero si librarte quieres,
vete á España ó vete á Francia,
que allí vivirás segura,
y serás muy estimada.
Vete, que sino te vas
pondré fuego á esta montaña,
ó haré que una horrible fiera
te despedaze en sus garras.
Mas viendo que no responde,
ni teme sus amenazas,
la maltrata á crueles golpes,
y por la cueva la arrastra,
y dejó á la santa niña
mal herida y desangrada;
mas los ángeles piadosos
acuden á confortarla.
Aquí estuvo Rosalía
crudamente atormentada

del infernal enemigo,
 por todas partes cercada,
 pero siempre victoriosa
 de infernales asechanzas,
 hasta que el mismo demonio
 determinó de dejarla,
 viendo la empresa imposible,
 pues cuando mas trabajaba,
 mas resplandecía en ella
 la corona que le labra.
 Murió su padre á este tiempo,
 y de un ángel fue avisada,
 como estaba en purgatorio,
 que á su Dios por él rogara;
 hizo oracion fervorosa,
 pidiéndole á Dios que salga
 de las penas que padece,
 que ella se obliga á la paga.
 Salió el padre de las penas,
 y vino á darle las gracias,
 diciéndole que prosiga
 en la vida comenzada.
 Tres fiestas que Rosalía
 por devocion celebraba,
 Resurreccion, Ascension,
 y la venturosa Pascua
 del Nacimiento de Cristo;
 su Esposo por festejarla
 las celebraba en la cueva
 con grandeza soberana,
 formándole una capilla
 ricamente aderezada,
 y el supremo Sacerdote
 decia misa cantada,
 le daba la comunión,
 San Pedro le predicaba,
 y la capilla del cielo
 con su música bajaba,
 é infinitos convidados.
 ángeles, santos y santas,
 y la Emperatriz del cielo
 la funcion autorizaba.
 En acabando la fiesta,
 le daban todos las gracias,
 é infinitos parabienes
 de la gloria que gozaba,
 dejándole á Rosalía

el alma en gloria anegada.
 En la oracion cierto dia
 con humildad contemplaba
 lo mucho que á Dios debia,
 y lo mal que ella le paga;
 que él la obliga con finezas,
 y ella no le sirve en nada:
 la entristeció este discurso,
 y Cristo por consolarla
 se le apareció en la cruz,
 y le dijo estas palabras:
 muy amada esposa mia,
 por lo mucho que me agrada
 el valor con que padees,
 y el amor con que me amas,
 he de darte una corona
 de flores de tal fragancia,
 que han de preservar á muchos
 de la corrupcion humana
 de la contagiosa peste
 que mi justicia amenaza;
 y cuántos por tí pidan
 se librarán de mi saña.
 Ahora es mi voluntad
 que de aquesta cueva vayas
 á vivir en otra cueva
 que te tengo preparada
 en el monte Peregrino,
 á dos millas de distancia
 de Palerino; porque allí
 se perpetue tu casa:
 los mismos que te trajeron
 quiero que contigo vayan,
 que esta mudanza ha de ser
 el crisol de tu constancia.
 Obedeció la doncella,
 y para hacer su jornada
 se despidió de la cueva,
 recojiendo sus alhajas,
 y por mandado del un ángel,
 en una piedra grabadas
 dejó unas letras que dicen:
 Rosalía Sinibalda,
 hija del Conde de Rosas,
 y Princesa propietaria,
 de mi voluntad renuncio
 cuantas riquezas humanas

me tocan y tocar pueden.
 Y en la misma cueva se hallan
 en lengua latina escritas,
 como las dejó la Santa.
 Pasó al monte Peregrino:
 y el palacio que la aguarda
 es una cueva horrorosa,
 muy fria y desabrigada,
 en un peñon eminente,
 que está á la orilla del agua;
 y en el hueco de una peña,
 de lo ancho de dos varas,
 hizo nido esta paloma,
 y allí tuvo su morada
 por tiempo de siete años.
 Y cuando ya se acercaba
 de su partida la hora,
 de su amor tan deseada,
 enfermó de calentura,
 y viéndose ya postrada,
 pidió á Dios que le conceda,
 que antes que del mundo salga,
 reciba las sacramentos
 para morir consolada.
 Se lo concedió piadoso;
 y á dos ángeles les manda
 que partan á la ciudad,
 y que vayan á la casa
 de Cirilo, un sacerdote,
 hombre de vida muy santa,
 y de su parte le diga
 que los sacramentos traiga
 á una santa penitente
 que á la muerte está cercana.
 Fueron los embajadores,
 y dándole la embajada,
 obediente se previno
 de las cosas necesarias.
 Salieron de la ciudad,
 y los dos que le acompañan,
 fueron por todo el camino
 alumbrando con dos hachas.

Llegó Cirilo á la cueva
 donde Rosalía estaba
 en un rincon retirada,
 honestamente acostada.
 Recibió los sacramentos,
 y luego su Esposo manda
 cuenta á Cirilo su vida
 para que la publicara.
 Se la contó por estenso,
 y acabando de contarla
 se llenó toda la cueva
 de resplandor y fragancia;
 y vido Cirilo entrar
 á la Virgen soberana,
 siendo tronó de su Hijo,
 y llegándose á la cama
 de la enferma Rosalía
 estrechamente la abraza,
 y con amantes requiebros
 la recrea y la regala,
 y en los brazos de la Virgen
 Rosalía entregó el alma
 en las manos de su Esposo,
 que la puso una guirnalda;
 y coronada de rosas,
 del Esposo acompañada,
 de su soberana Madre,
 ángeles, santos y santas,
 subió triunfante á la gloria
 la Rosa Palermitana,
 dejando acá sus reliquias
 en la cueva sepultadas,
 dentro de la misma piedra
 que al cuerpo sirvió de cama;
 y ahora en el mismo monte
 tiene su templo la Santa,
 y es de todas las naciones
 conocida y venerada.
 Y así pidámosla humildes
 nos alcance de Dios gracia
 de imitarla en sus virtudes,
 y libre de peste á España.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18.

